

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Francisco
Mensaje
CUARESMA 2014

Se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza (cf. 2Co 8,9)

5 de marzo de 2014

Queridos hermanos y hermanas:

Con ocasión de la Cuaresma os propongo algunas reflexiones, a fin de que os sirvan para vuestro camino personal y comunitario de conversión. Comienzo recordando las palabras de san Pablo: *«Pues conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza»* (2Co 8,9). El Apóstol se dirigía a los cristianos de Corinto para alentarlos a ser generosos y ayudar a los fieles de Jerusalén que pasaban necesidad. ¿Qué nos dicen a los cristianos de hoy estas palabras de san Pablo? ¿Qué nos dice hoy a nosotros la invitación a la pobreza, a una vida pobre en sentido evangélico?

1. Gracia de Cristo

Ante todo, nos dicen cuál es el estilo de Dios. Dios no se revela mediante el poder y la riqueza del

quiere compartir con nosotros. La pobreza de Cristo, lo que nos enriquece, consiste en el hecho de que se hizo carne y cargó con nuestras debilidades y nuestros pecados, comunicándonos la misericordia infinita de Dios. La pobreza de Cristo es la mayor riqueza: la riqueza de Jesús es su confianza ilimitada en Dios Padre, es encomendarse a Él en todo momento, buscando siempre y solamente su voluntad y su gloria; es rico como lo es un niño que se siente amado por sus padres y los ama, sin dudar ni un instante de su amor ni de su ternura. La riqueza de Jesús radica en el hecho de ser *el Hijo*; su relación única con el Padre es el privilegio real de este Mesías pobre. Cuando Jesús nos invita a cargar su "yugo llevadero", nos invita a enriquecernos con su "rica pobreza" y su "pobre riqueza", a compartir con Él su espíritu filial y fraternal, a convertirnos en hijos en el Hijo y hermanos en el Hermano Primogénito (cf. Rm 8,29).

Se ha dicho que la única tristeza verdadera es no ser santos (Léon Bloy); podríamos decir también que hay una única miseria verdadera: no vivir como hijos de Dios y hermanos de Cristo.

2. Nuestro testimonio

Podríamos pensar que este "camino" de la pobreza fue el de Jesús, mientras que nosotros, que venimos después de Él, podemos salvar al mundo con los medios humanos adecuados. No es así. En toda época y en todo lugar, Dios sigue salvando a los hombres y al mundo *mediante la pobreza de Cristo*, el cual se hace pobre en los sacramentos, en la Palabra y en su Iglesia, que es un pueblo de pobres. No podemos llegar a la riqueza de Dios a través de nuestra riqueza, sino siempre y solamente a través de nuestra pobreza personal y comunitaria, animada por el Espíritu de Cristo.

A imitación de nuestro Maestro, los cristianos estamos llamados a mirar las miserias de los hermanos, a tocarlas, a hacernos cargo de ellas y a realizar obras concretas a fin de aliviarlas. La *miseria* no es lo mismo que la *pobreza*; la miseria es la pobreza sin confianza, sin solidaridad, sin esperanza. Podemos distinguir tres tipos de miseria: la material, la moral y la espiritual.

La *miseria material* es la que habitualmente llamamos pobreza, y toca a cuantos viven en una con-

esperanza! Es hermoso experimentar la alegría de extender esa buena nueva, de compartir el tesoro que se nos ha confiado, para consolar los corazones afligidos y dar esperanza a tantos hermanos y hermanas sumidos en el vacío. Se trata de seguir e imitar a Jesús, que fue en busca de los pobres y de los pecadores como el pastor con la oveja perdida, y lo hizo lleno de amor; unidos a Él, podemos abrir con valentía nuevos caminos de evangelización y promoción humana.

Queridos hermanos y hermanas, que este tiempo de Cuaresma encuentre a toda la Iglesia dispuesta y solícita a la hora de testimoniar a cuantos viven en la miseria material, moral o espiritual el mensaje evangélico, que se resume en el anuncio del amor del Padre misericordioso, listo para abrazar en Cristo a cada persona. Podremos hacerlo en la medida en que nos conformemos a Cristo, que se hizo pobre y nos enriqueció con su pobreza. La Cuaresma es un tiempo adecuado para las renuncias, y nos hará bien preguntarnos de qué podemos privarnos a fin de ayudar y enriquecer a otros con nuestra pobreza. No olvidemos que la verdadera pobreza duele; no sería válida una renuncia sin esta dimensión penitencial. Desconfío de la limosna que no cuesta ni duele.

Que el Espíritu Santo, gracias al cual «*(somos) como pobres, pero que enriquecen a muchos; como necesitados, pero poseyéndolo todo*» (2Co 6,10), sostenga nuestros propósitos y fortalezca en nosotros la atención y la responsabilidad ante la miseria humana, para que seamos misericordiosos y agentes de misericordia. Con este deseo, aseguro mi oración por todos los creyentes. Que las comunidades eclesiales recorran provechosamente el camino cuaresmal. Os pido que recéis por mí; que el Señor os bendiga y la Virgen os guarde.

Vaticano, 26 de diciembre de 2013, Fiesta de San Esteban, diácono y protomártir.